

Notable triunfo poético

Sobrada razón ha tenido Venezuela para un alborozo general, cuando aquí se supo que el triunfador en el concurso internacional para los Juegos Florales de la Sociedad Iberoamericana de Méjico, era nuestro excelente poeta Manuel F. Rugeles.

Quienes hubieran seguido con algún cuidado el desarrollo de la labor poética de Rugeles, no se habrán extrañado, —aunque sí habrán tenido gratisima sorpresa—, al enterarse de ese relevante triunfo, tanto más meritorio cuanto tuvo lugar allá en un medio desconocido, ajeno a toda directa influencia parcialista y a toda camaradería de grupo.

Y es que Rugeles, sin ruido de bomballa ni poses publicitarias, ha logrado en poco tiempo colocarse entre las figuras señaras de nuestro mejor y más consciente grupo de poetas de la actualidad. Pero, entiéndase: no de la actualidad en cuanto para algunos signifique libertinaje literario de corrientes caprichosas y hasta absurdas; sino en cuanto indica, en la hora actual, dignidad artística, modernidad sin exageraciones violentas, y consagración al trabajo sin prisas ni bullas, ya que sólo de esta manera logra una obra artística la serenidad y el equilibrio que garantizan su inmarcesible y perpetua lozanía.

Aunque nacido en 1904, Rugeles dejó pasar buenos años de su juventud sin prisas por lanzar a las prensas su primer libro de poesías. Fué ya entrado en los 33 años de su edad cuando consideró sazonado para la publicación su bello poemario "Cántaro" (1937). De esa fecha en adelante, ha ido gradualmente en tranquila y sobria laboriosidad haciéndose sentir como poeta de inspiración original y de raigambre pa-

tria. Y ahora, como, consciente de la madurez de sus facultades, abrió de par en par su mirada profunda y amplia de verdadero poeta sobre la extensión y la vida de nuestro continente, y logró plasmar el poema "Iberoamérica", y conquistar con él un triunfo de innegable prestigio. (1)

Para un canto de tema tan vasto, y que por su misma naturaleza exigía altura de entonación, Rugeles escogió el rumboso verso alejandrino de catorce sílabas en dos hemistiquios. Renunció a toda clase de rima, y en cambio se obligó al usar el verso suelto (mal llamado por algunos "verso libre o blanco") a suplir con la corrección y sonoridad de la frase poética aquella falta de rima. Y a fe que obtuvo su intento casi a perfección. Mucho pecho y mucha destreza en el arte de declamar necesitará quien en público se lance a recitar entero este poema. El cual no tiene desmedida extensión; cuenta solo unos 270 versos; pero en general tan nutridos de vigor, entusiasmo y movimiento, que bien comprueban no ser su autor un bisoño en el arte de la versificación.

Sirve de epigrafe al poema una cita de cinco versos atribuidos al filósofo y poeta latino-español Séneca el joven.

(1) Una breve nota bio-bibliográfica sobre Rugeles se encuentra en nuestro comentario a su libro "Aldea en la Niebla", Premio Municipal de poesía del Distrito Federal el año 1944. Cfr. Estudios Crítico-Literarios por Pedro P. Barnola, Caracas, 1945, p. 215.

Asimismo comentamos en las páginas de esta misma Revista el libro de Rugeles "Puerta del cielo". Cfr. SIC, mayo de 1947, pp. 757-760.

Están tomados de la tragedia "Medea", una de las diez piezas dramáticas que corren dudosamente bajo el nombre de Lucio Anneo Séneca. En dichos versos, el poeta latino ya en el siglo primero de la era cristiana afirma, de manera terminante, como quien intuye el futuro, la existencia de un nuevo mundo que los siglos venideros habrían de descubrir. (2)

Nuestro poeta recoge ese decir de los tiempos remotos, cuando el orbe conocido terminaba en la tierra que los latinos llamaban Thule o Thyle, que era la última de las islas boreales de Europa, (tal vez la actual Islandia). Para-

*"de un mundo alucinante, nacido de la espuma,
con su ronda de pájaros y la luz de sus minas,
con su aroma de especias y su canto de selvas!"*

Y asistimos con el poeta a la tantállica prueba de una travesía sin término fijo; anhelos y angustias, oraciones y protestas, todo se ha usado por aquellos

*"¡Ya no queda un retazo de verde en las pupilas!
¡Ni una palabra nueva con sabor de manzana!
¡Se ha dormido la copla con olor de claveles
en el vientre moreno de quemantes guitarras!
¡Desnudos van los mástiles de gaviás y de albatros
y las viejas maderas de las tres naves crujen!"*

Rugeles no exagera los tonos, ni prolonga en extremo esta parte tentadora en la que narra la travesía. Se asiste al espectáculo heroico y tenaz, pero tan solo el tiempo indispensable para trasladarnos a la tierra que será Iberoamé-

frasea luego Rugeles los versos mismos del poeta latino que vieron la luz ya en el siglo primero de Cristo, y enseguida nos recuerda en síntesis el correr del tiempo que iba perdiéndose en lejanías sin nombre.

Y ya con esa introducción que despierta rápido interés, Rugeles sin pararse a filosofar más, descorre el telón de la escena dramática que tiene lugar en el siglo quince de la era cristiana: es Colón, quien con noventa hombres va abriendo la primera ruta del Atlántico, el camino de Occidente: y va a descubrir los contornos

hombres que ya no esperan, y a los que en versos maravillosos vemos así pintados:

rica, centro y razón del poema. La describe en pinceladas rápidas y fuertes; pone de relieve los rasgos característicos de los pueblos precolombinos y de las regiones por ellos habitadas de norte a sur del nuevo continente: los az-

(2) Lucio Anneo Séneca (7-65 d. de C.), llamado el filósofo, y también Séneca el joven, en la introducción a su libro primero de "Quaestiones naturales", obra no del todo original, puesto que en buena parte copia los "Meteorológicos" de Aristóteles, habla de la innata tendencia del hombre a la sabiduría, y cómo a manera de espectador curioso todo lo pregunta y averigua. Y luego hace esta pregunta: "quantum enim est, quod ad ultimis littoribus Hispaniae usque ad Indos jacet". Y él mismo responde sorpresivamente para aquellos tiempos: "Pauccissimorum dierum spatium si navem suus ventus implevit".

Pero no fué esa la única vez que habló de remotas tierras por descubrir. Si como ordinariamente se supone es el autor, entre otras nueve

tragedias latinas, de la titulada "Medea", en ella habla con toda claridad de un nuevo mundo que descubrirán los siglos venideros. Dice así:

*"Venient annis saecula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, Novosque Typhis detegat
Orbes*

*Atque igens pateat tellus
Nec sit terris ultima Thule".*

Quienes hayan leído el poema de Rugeles advertirán que los versos latinos que éste inserta como epigrafe de su poema "Iberoamérica" varían un tanto en las líneas tercera y cuarta. Damos aquí la copia que nosotros tenemos de dicho pasaje de Séneca, pero no hemos podido hacernos con una edición completa autorizada para comprobar cuál es la redacción verdadera.

tecas con Moctezuma; los incas con su Cuzco de oro; los chibchas junto al Tequendama y los araucanos "de reciedumbre estoica".

Y luego, sobre ese fondo formado por el esfuerzo descubridor y por las no-

*"¡Tras de la cruz de Cristo, vencedora de los siglos,
van la voz misionera y el primer Padrenuestro
y la flor de la Salve perfumando la aurora!"*

Pronto aquella raza conquistadora, intrépida y audaz, se despliega en uno y mil caminos, todos tierra adentro! Aventuras, ansias de oro, luchas salvajes; el imperio de la ley de la espada, y el reparto de las "encomiendas". Y al correr de los años las razas se fun-

*"¡Con un mismo Evangelio
y una misma palabra van a hablarse los hombres!"*

Vemos enseguida cómo han surgido los pueblos, cómo ha cundido la vida y la actividad, y cómo de Méjico a Ar-

*"Va despertando América y hay un temblor de hojas
en su bosque de pueblos. Y un temblor de raíces
en las cepas antiguas, cuando el viento estremece
la insurgente alegría de los árboles nuevos".*

Es el despertar de tres razas, el grito de tres voces, la del blanco conquistador, la del indio vencido y la del negro esclavizado: "tres gritos y una raza, que es la raza de América", raza nueva que anhela ser libre.

Rugeles pasa ahora revista, en enumeración entusiasta, a los principales héroes Libertadores que hacen su obra creadora de nuevas naciones, y busca en el pensamiento de éstos la idea del

*"Una canción agraria se mece en las espigas
de los viejos sembrados y la afianza en el viento
la orquesta de los pájaros que en vuelo migratorio
pregonan la alegría secreta de los campos".*

Quiere aprisionar en un recorrido casi minucioso toda la variada riqueza natural que en nuestras tierras se despliega. Pero el intento resulta riesgoso, y hay momentos en que el poeta no logra mantener su inspiración, y sus versos sucumben bajo el peso de una enume-

*"Del maíz que al sol tuesta la pulpa de sus granos
y del sisal que esgrime sus más verdes espadas.
Y del cacao abriendo las venas de su aroma.*

bles razas que pueblan estas ricas tierras, antes de que empiece la obra transformadora y la fusión de razas y pueblos, el poeta se arranca con estos tres versos justicieros y sentidos:

den y confunden, para dar lugar a una nueva vida; será la nueva vida americana que conservará a lo largo de todo el continente, —como con exactitud lo dice el poeta—, el doble fuerte nexo de una misma fe y un mismo idioma:

gentina parece correr un estremecimiento que presagia madurez y transformación:

futuro destino que le tocará cumplir a América. Cuando otros continentes estén ya exhaustos y postrados, todavía nuestra América estará virgen pero ya en sazón para ofrecer con generosidad, sus tierras y sus riquezas naturales al viajero de buena voluntad venido de otras latitudes.

Tiempla el poeta las cuerdas de su arpa eglógica, y expande su canto emocionado en versos tan exquisitos como estos:

ración fría y ramplona. Por fortuna la inspiración alza de nuevo su vuelo cuando en dos pasajes llenos de agilidad poética, nos canta en tono que llamaríamos clásico nativista, estos atinados versos: "Se enorgullece América..."

*Y del tabaco en hojas ya pronto a hacerse llama.
De su tórrida zona, loca de vendavales
y el paisaje que es alma de su naturaleza.
Y de la llamarada de sus rojos volcanes".*

Concluida la larga enumeración de la flora y la fauna tropicales y de las bellezas del paisaje, Rugeles pasa a la parte final de su canto que es una llamada de invitación a las gentes de allende los mares, para que vengan a nuestra América promisorá y fecunda, a erigir en ella sus casas y a encender

su júbilo.

Afean esta parte final unos pocos versos flojos y prosaicos que contienen una enumeración de carreras y oficios. Pero en cambio se leen con sabroso agrado estas frases llenas de clásica seriedad:

*"¡Aquí se espera al hombre de otra parte! Saludan
como ayer, las palmeras al lejano inmigrante.
Al que encierra en sus ojos un azul de distancias
y al que esconde el tatuaje de una herida en el cuerpo.
Al que enrumba el arado y avienta la semilla.
Al que maneja el hierro de la candente fragua.
Al que en el mar descubre la gruta de los peces
y en la tierra ya sabe los caminos del árbol.
Al que carda el rebaño y es pastor de ganados.
Al que busca las hierbas y las frutas del trópico
o llega hasta el profundo corazón de las minas
o hace vibrar la entraña singular de la piedra!"*

Los últimos versos con que concluye Rugeles su poema, son un mensaje de paz, de armonía y de humanismo. Hasta el ritmo mismo de la frase y los términos empleados parecen conducir

al reposo y a la apacibilidad que han de ser bálsamo para el espíritu intranquilo y para el corazón lacerado de tanto ser humano venido de lejanas tierras de miseria y dolor:

*"Alzad aquí las manos al milagro del alba
y callad, a la sombra y al amor de los árboles!
¡Escuchad en silencio la canción de la tierra!"*

Hecha esa exposición a grandes rasgos del contenido del poema "Iberoamérica", creemos justiciero decir que dentro de tan limitada extensión como tiene este canto, Rugeles logró realizar una admirable síntesis histórica y natural de Iberoamérica. Supo guardar equilibrio y proporción entre las distintas etapas de nuestra génesis histórica. Y lo que es más de alabar, apenas si encontramos transiciones bruscas o enlaces mal zurcidos entre las varias partes del poema.

Enamorado de la tierra por vocación poética, Rugeles no la presenta como mero escenario inerte donde los hechos humanos se van desarrollando, sino que la hace ser parte activa en el conjunto.

Además del esfuerzo de síntesis y de

organización viva de todos los elementos del canto, el poeta logró una dosis generosa de entonación natural, sin efectivismos rebuscados ni exageraciones palabreras. Dejó a un lado las múltiples frases hechas y las manidas ampliaciones huera tan repetidas antaño cuando se abordaban temas de esta índole. Y en cambio forjó y trabajó expresiones originales y versos sobrios.

El poema ofrece momentos difíciles, en los que baja la inspiración (ya señalamos antes alguno), y en los que el poeta irreparablemente desciende a vaguedades y generalidades de fondo, o cae en prosaísmos de forma. Pero afortunadamente son sólo momentos, no de larga duración, y pronto se respira otra vez el aire puro de auténtica poesía. Una atinada poesía épico-lírica, sin la

estudiada sequedad del mero poema descriptivo, pero también sin la excesiva afectación de un inoportuno lirismo. Pero, tomado en conjunto el poema, nótase un gradual descenso en el tono general de la inspiración según se avanza de la segunda mitad hacia el final. No es un descenso muy violento ni total, que amenace a la integridad del poema; pero en realidad surge un contraste con respecto a la primera mitad. Y no hay que extrañar el caso. Pues la materia con que el poeta tenía que trabajar toda esa segunda mitad, se le ofrecía más informe, menos determinada, y sobre todo más abundante en multitud de aspectos entre los cuales sólo podía enfocar y explotar unos pocos. Fué un trabajo sin duda torturante el de reducir á síntesis numerosos y variados pensamientos; y por eso la labor de redacción no pudo menos de resultar un poco debilitada, y la estructuración poética quedó menos vigorosa y vibrante. Sin embargo el poema se salvó, porque como ya lo indicamos más arriba, aun en esa mitad final encontramos pasajes de excelente valor poético, y el lector concluye el canto bajo una agradable y serena impresión.

El lenguaje es en general no solo

correcto, sino además escogido y bien trabajado. Hay algún término menos castizo, como "pionero" que bien pudo sustituirse por otro más idiomático.

Las figuras de lenguaje no se han usado en forma abusiva; y además todas ellas son naturales, al alcance del común de los lectores cultos, y contribuyen al embellecimiento y mayor vigor y claridad del pensamiento, —que ese es el oficio de las figuras—; no se metió Rugeles por las extravagancias y jergolíficos que, en un afán de falsa y atosigante originalidad, acostumbran brindarnos en forma inacabable los llamados poetas de las nuevas escuelas.

Y vaya una observación final: una vez más en concurso internacional triunfa un poeta que construye su obra, ciertamente con la modernidad y lozania de espíritu propias de los tiempos en que vivimos, pero también sometándose con sana libertad a las eternas normas y enseñanzas de la poética tradicional y universal. Ante un tema fijo, y muy concreto como el de "Iberoamérica", el libertinaje y las rarezas de ciertas escuelas de poesía se cruza de brazos, y acepta en silencio su fracaso.

Reciba el poeta Manuel F. Rugeles mil parabienes por su envidiable triunfo.

Pedro P. Barnola, S. J.



MONS. MIGUEL ANTONIO MELIA.— El día 9 de Octubre falleció en Ciudad Bolívar el Obispo de Guayana, purificado en una larga y dolorosa enfermedad.

Fué su vida ejemplo de laboriosidad en la cátedra y el ministerio apostólico. De carácter enterizo y rectilíneo, hizo gala de él oportunamente, cuantas

se lo exigieron su deber pastoral y las circunstancias del ambiente en que hubo de actuar en defensa de la Iglesia. Una hermosa corona de discípulos del Colegio Santo Tomás de Valera honrará por generaciones su memoria. R.I.P.

Para sucederle en el Gobierno de la Diócesis ha sido nombrado, con carácter de Administrador apostólico Mons. Crispulo Benítez Fontúrvel.